

JONATHAN
SAFRAN FOER



PODEMOS
SALVAR
EL MUNDO
ANTES DE CENAR

El cambio climático es la mayor crisis
a la que nos enfrentamos. La solución empieza
por aprender a comer de forma responsable

Seix Barral



Seix Barral Los Tres Mundos

Jonathan Safran Foer
Podemos salvar el mundo
antes de cenar

Traducción del inglés por
Lorenzo Luengo

Título original: *We Are the Weather*

© Jonathan Safran Foer, 2019

© por la traducción, Lorenzo Luengo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-322-3546-7

Depósito legal: B. 18.410-2019

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

EL LIBRO DE LOS FINALES

La primera nota de suicidio se escribió en el Antiguo Egipto,¹ hace unos cuatro mil años. Su traductor original la tituló «Disputa con el alma de un hombre cansado de la vida». Empieza con la línea:² «Abrí mi boca a mi alma, para así responder a lo que dijo». Alternando ágilmente entre prosa, diálogo y poesía, lo que sigue es el esfuerzo de un individuo para convencer a su alma de que acceda al suicidio.

Conocí la existencia de esa nota en *El libro de los finales*, una recopilación de hechos y anécdotas que también recoge las últimas voluntades de Virgilio y Houdini; elegías a dodos y a eunucos, y explicaciones acerca de qué son los registros fósiles, la silla eléctrica y la obsolescencia causada por el hombre. No es que yo fuera un niño especialmente morboso, pero durante años aquel morboso volumen en rústica no dejó de acompañarme.

El libro de los finales también me enseñó que cada inhalación contenía moléculas del último aliento de Julio César. Aquello me entusiasmó: comprimía mágicamente el espacio y el tiempo, y salvaba cualquier distancia entre lo que parecía un mito y mi propia vida, en la que me li-

mitaba a rastrillar las hojas del otoño y a jugar a primitivos videojuegos en Washington D. C.

Las consecuencias eran casi increíbles. Si acababa de inhalar el último aliento de César (*Et tu, Brute?*), entonces también debía de haber inhalado el de Beethoven (*Oiré en el cielo*) y el de Darwin (*No tengo el menor miedo a morir*).³ Y el de Franklin Delano Roosevelt, y el de Rosa Parks, y el de Elvis, y el de los peregrinos y los nativos americanos que celebraron la primera Acción de Gracias, y el del autor de la primera nota de suicidio, e incluso el del abuelo al que nunca conocí. Siempre el descendiente de supervivientes, imaginé el último aliento de Hitler alzándose a través de los tres metros de hormigón que constituían el techo del Führerbunker, nueve metros de suelo alemán —y las pisoteadas rosas de la Cancillería del Reich—, luego abriéndose paso por el frente occidental y atravesando el océano Atlántico y cuarenta años en su camino hacia la ventana del segundo piso de mi dormitorio infantil, donde ese aliento me hincharía como un globo de cumpleaños.

Y si había aspirado sus *últimos* alientos, también debía haber aspirado los *primeros* y todos los alientos entre medias. Y cada aliento de cada persona. Y no sólo de humanos, sino también de los demás animales: el gerbillo de la clase que murió al cuidado de mi familia; las gallinas que, todavía calientes, mi abuela desplumaba en Polonia; el último aliento de la última paloma migratoria. Con cada inhalación, absorbía el relato completo de la vida y la muerte sobre la Tierra. Aquel pensamiento me brindaba una visión aérea de la historia: una vasta red tejida a partir de una hebra. Cuando Neil Armstrong posó su bota sobre la superficie de la Luna y dijo: «Un pequeño paso para el hombre...», envió, a un mundo sin sonido y a

través del policarbonato de su visor, moléculas de aquel Arquímedes que aullaba «¡Eureka!» mientras corría desnudo por las calles de la antigua Siracusa tras haber descubierto que el agua del baño desplazada por su cuerpo era igual al peso de su cuerpo. (Armstrong dejó esa bota en la Luna para compensar el peso de las rocas lunares que trajo de vuelta.)⁴ Cuando *Alex*, la cotorra gris africana⁵ a la que habían enseñado a conversar al nivel de un humano de cinco años, pronunció sus últimas palabras —«Sed buenos, hasta mañana. Os quiero»—, también exhaló el resuello de los perros de tiro que arrastraron a Roald Amundsen por unas placas de hielo hoy ya derretidas y liberó los gritos de las exóticas bestias que habían sido llevadas al Coliseo para que los gladiadores acabasen con ellas. Que yo ocupara un lugar en todo eso —que yo no pudiera dejar de ocupar un lugar en todo eso— fue lo que más asombro me produjo.

El final de César fue también un comienzo: la suya se cuenta entre las primeras autopsias documentadas, y así es como sabemos que fue apuñalado veintitrés veces. Nada queda de las dagas de hierro. Nada queda de su toga empapada en sangre. Nada queda de la Curia Pompeya, donde fue asesinado, y de la metrópolis en la que se alzó sólo quedan sus ruinas. Del Imperio romano,⁶ que llegó a cubrir más de tres millones de kilómetros cuadrados y englobaba el veinte por ciento de la población mundial, y cuya desaparición resultaba tan inimaginable como la del propio planeta, nada queda.

Cuesta pensar en una reliquia más efímera de una civilización que el aliento. Pero es imposible pensar en una más duradera.

Pese a que recordaba muchas cosas de él, el *Libro de los finales* no existía. Pero cuando trataba de confirmar su

existencia, encontré en cambio *Las cosas nuestras de cada día*, de Panati, publicado cuando yo tenía doce años. El libro hablaba de Houdini, del registro fósil y de muchas otras cosas de las que sí me acordaba, pero no del último aliento de César, ni de la «Disputa con el alma», que debí de conocer en otra parte. Aquellas pequeñas correcciones me preocuparon: no porque fueran, en sí mismas, importantes, sino porque yo tenía muy claros mis recuerdos.

Más inquieto me sentí cuando investigué la primera nota de suicidio y reflexioné sobre su título: sobre el hecho de que tuviera un título. Ya es bastante turbador que algo lo malrecordemos, pero la perspectiva de que aquellos que vendrán después de nosotros nos recuerden mal es profundamente inquietante. Queda por saber si el autor de la primera nota de suicidio acabó siquiera con su vida: «Abrí mi boca a mi alma», escribe al comienzo. Pero el alma tiene la última palabra, y urge al hombre a «aferrarse a la vida». No sabemos qué fue lo que aquel hombre respondió. Es del todo posible que la disputa con el alma se decidiera por la elección de la vida, posponiendo así el último aliento del autor. Quizá aquella confrontación con la muerte se reveló como la más convincente apuesta por la supervivencia. Una nota de suicidio no se parece a nada tanto como a su contrario.

NINGÚN SACRIFICIO

Durante la Segunda Guerra Mundial, los norteamericanos que habitaban las ciudades situadas a lo largo de la Costa Este apagaban las luces al anochecer. No eran ellos los que estaban en un peligro inminente:⁷ el propósito de aquellos apagones era evitar que los submarinos alemanes utilizasen la iluminación de fondo urbana para localizar y destruir los barcos que salían de puerto.

Con el avance de la guerra, los apagones fueron extendiéndose a ciudades de todo el país, incluso a las que se encontraban lejos de la costa, para así involucrar a los civiles en un conflicto cuyos horrores no eran visibles pero cuya victoria dependía de la acción colectiva. En el frente doméstico, los norteamericanos necesitaban un recordatorio de que la vida como la conocían podía verse aniquilada, y la oscuridad era un modo de iluminar la amenaza. A los pilotos de la Patrulla Civil Aérea se los alentaba a rastrear los cielos del Medio Oeste en busca de aviones enemigos, pese a que ningún caza alemán de la época era capaz de recorrer semejante distancia. La solidaridad era un activo importante, aun cuando tales gestos hubieran sido estúpidos —hubieran sido suici-

das— de haber consistido en los únicos esfuerzos realizados.

No se habría ganado la Segunda Guerra Mundial si en el frente doméstico no se hubiesen llevado a cabo una serie de acciones cuyo impacto era psicológico, además de palpable: la gente corriente se unía para apoyar una causa mayor. Durante la guerra, la producción industrial aumentó hasta en un 96 por ciento. Los buques de clase Liberty, cuya construcción requería ocho meses al comienzo de la guerra, eran rematados en cuestión de semanas. El SS *Robert E. Peary*⁸ —un buque de clase Liberty compuesto de 250.000 partes, que pesaba seis millones y medio de kilos— fue armado en cuatro días y medio. En 1942, las compañías que anteriormente habían fabricado coches, neveras, mobiliario metálico de oficina y lavadoras producían ahora artículos militares. Las fábricas de lencería comenzaron a hacer redes de camuflaje,⁹ las máquinas calculadoras renacían en forma de pistolas, las bolsas de las aspiradoras, con su aspecto de pulmón, eran trasplantadas al cuerpo de las máscaras de gas. Jubilados, mujeres y estudiantes engrosaron la población activa:¹⁰ muchos estados cambiaron la ley laboral para que los adolescentes pudieran trabajar. Cada día, productos como el caucho, latas de conservas, papel de aluminio y trastos viejos eran recogidos para su reutilización en aquel esfuerzo solidario. Los estudios de Hollywood contribuyeron con la producción de noticiarios, filmes antifascistas y películas patrióticas de dibujos animados. Los famosos animaban a adquirir bonos de guerra,¹¹ y algunos, como Julia Child, se hicieron espías.

El Congreso amplió la base impositiva al acometer una rebaja del sueldo mínimo imponible y reducir las exenciones y deducciones individuales. En 1940, el 10 por ciento de los trabajadores norteamericanos pagaban

impuestos federales sobre la renta. En 1944, la cifra se aproximaba al cien por cien. El máximo de la tasa impositiva marginal fue elevado al 94 por ciento,¹² en tanto que los ingresos que daban derecho a beneficiarse de esa tasa se vieron reducidos 25 veces.

El gobierno aprobó —y los norteamericanos aceptaron— un control sobre el precio del nailon, las bicicletas, los zapatos, la leña, la seda y el carbón. La gasolina se vio drásticamente regulada,¹³ y se impuso en toda la nación un límite de velocidad de cincuenta kilómetros por hora para reducir el consumo de gasolina y el desgaste de los neumáticos. Los carteles del gobierno que promulgaban el uso compartido de los coches decían: «¡Cuando conduces SOLO conduces con Hitler!».¹⁴

Los granjeros —en cantidades enormemente reducidas y con menos útiles— multiplicaron su producción, y los que no eran granjeros plantaban «jardines de la victoria», microgranjas en patios y solares. La comida fue racionada,¹⁵ en especial los alimentos básicos, como el azúcar, el café y la mantequilla. En 1942, el gobierno lanzó la campaña «Comparte la carne», que urgía a cada norteamericano adulto a limitar su ingesta semanal de carne a poco más de un kilo. En Inglaterra, la gente comía la mitad de eso.¹⁶ (Este acto colectivo de apretarse el cinturón dio lugar a un repunte general de salud.)¹⁷ En julio de 1942, Disney produjo un corto animado para el Departamento de Agricultura de Estados Unidos, «La comida ganará la guerra», que trataba el fomento del cultivo agrario como un asunto de seguridad nacional. Norteamérica tenía dos veces más granjeros que soldados el Eje. «Sus armas son las fuerzas Panzer de la línea de batalla alimenticia, pura maquinaria agrícola: batallones de cosechadoras, regimientos de camiones, divisiones de recolectoras de

maíz, extractoras de patatas, máquinas plantadoras, columnas de ordeñadoras.»¹⁸

La tarde del 28 de abril de 1942, cinco meses después del bombardeo en Pearl Harbor y ya totalmente inmersos en la guerra en Europa, millones de norteamericanos se congregaron en torno a sus radios para escuchar la charla junto al fuego del presidente Roosevelt, quien refirió las últimas novedades sobre la situación bélica y habló de los desafíos a los que había que hacer frente, incluyendo aquellos que cada ciudadano habría de acometer:

No todos tenemos el privilegio de luchar contra nuestros enemigos en lugares remotos del mundo. No todos tenemos el privilegio de trabajar en fábricas de munición o en astilleros, o en granjas, o en campos de petróleo o en las minas, y producir así las armas o las materias primas que precisan nuestras fuerzas armadas. Pero hay un frente y hay una batalla donde cada hombre, cada mujer y cada niño en Estados Unidos está en plena acción, y donde todo el mundo tendrá el privilegio de seguir en plena acción a lo largo de esta guerra. Ese frente está justo aquí, en nuestro hogar, en nuestras vidas diarias, en nuestras tareas diarias. Aquí, en casa, todo el mundo tendrá el privilegio de hacer el sacrificio necesario, no sólo para abastecer a nuestros combatientes, sino también para mantener la estructura económica de nuestro país fortificada y segura durante la guerra, así como después de la guerra. Eso exigirá, qué duda cabe, abandonar no ya los lujos, sino muchas otras comodidades. Cada norteamericano leal sabe cuál es su responsabilidad individual... Como dije ayer en el Congreso, no creo que *sacrificio* sea la palabra que mejor describa este programa de austeridad. Cuando, al final de tan formidable lucha, hayamos salvado las li-

bertades que constituyen nuestro modo de vida, no habremos hecho ningún «sacrificio».¹⁹

Supone una enorme carga vernos obligados a entregar al gobierno el 94 por ciento de nuestros ingresos. Es mucho más que un desafío tener racionados los alimentos básicos. Es un inconveniente y una frustración no poder conducir por encima de los 50 kilómetros por hora. Es ligeramente molesto tener que apagar las luces por la noche.

Pese a la percepción que muchos norteamericanos tenían de la guerra como algo que sucedía *allí*, no parece tan irracional que se les demandase un poco de oscuridad a esos ciudadanos que, al fin y al cabo, estaban más que a salvo y seguros *aquí*. ¿Cómo miraríamos a alguien que, en medio de una lucha ingente por salvar no sólo millones de vidas, sino *las libertades que constituyen nuestro modo de vida*, considerase que apagar las luces es mucho sacrificio?

Por supuesto, nunca hubiéramos podido ganar la guerra *únicamente* mediante aquel acto colectivo: la victoria exigió la intervención militar de dieciséis millones de norteamericanos, más de cuatro billones de dólares y las fuerzas armadas de más de una docena de países.²⁰ Pero imaginemos que la guerra nunca hubiera podido ganarse sin ello. Imaginemos que, para evitar que la bandera nazi ondease en Londres, Moscú y Washington D. C., hubiera sido necesaria esa manipulación nocturna de interruptores. Imaginemos que los diez millones y medio de judíos que aún quedaban en el mundo no hubieran podido salvarse sin aquellas horas de oscuridad. ¿Cómo valoraríamos entonces la abnegación de aquellos ciudadanos?²¹

«No habremos hecho ningún “sacrificio”.»